

La memoria social de los ex-soldados combatientes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur. Un análisis a través de las anécdotas recurrentes del grupo*

Social memory of the Apostadero Naval Malvinas ex-combatants' in the South Atlantic Conflict. A study through the anecdotes of the group

Andrea Belén Rodríguez

Centro de Estudios Históricos del Estado, Cultura y Política/Universidad Nacional del Comahue-
Universidad Nacional del Sur-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Argentina
andrea_belen_rodriguez@yahoo.com

Resumen: El artículo aborda la memoria social de un grupo de ex-soldados combatientes argentinos del Conflicto del Atlántico Sur: los conscriptos que integraron el Apostadero Naval Malvinas, una unidad logística de la Armada que fue creada para la guerra y que tuvo como función operar las instalaciones portuarias. Específicamente, a través del análisis de las anécdotas sobre la cotidianeidad bélica que aparecen en forma recurrente en sus testimonios, el trabajo busca identificar las representaciones de sí mismos, de los “otros” y del “nosotros Apostadero” que han construido los ex-soldados y que comparten colectivamente por lo menos en el presente.

Palabras clave: *memoria social, identidad, ex-soldados combatientes, Conflicto del Atlántico Sur, Apostadero Naval Malvinas.*

Abstract: The paper address the social memory of a group of Argentine ex-combatants in the South Atlantic Conflict: the conscripts who made up the Apostadero Naval Malvinas, a logistics unit of the Navy that was set up for war in order to operate port facilities. In particular, through the analysis of the war anecdotes about everyday life that appear in their testimonies, the article seeks to identify the representations of themselves, of “others” and “us Apostadero” that ex-soldiers have built and share at least in the present.

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las XV Jornadas Interescuelas (Comodoro Rivadavia-Argentina, Septiembre de 2015). A su vez, estas temáticas fueron analizadas en mi tesis doctoral inédita: Andrea Belén RODRIGUEZ: *Entre la guerra y la paz: la posguerra de los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas. Experiencias, identidades, memorias*, Universidad Nacional de La Plata, 2014.

Presentación.

El presente trabajo aborda la memoria social de un grupo de ex-soldados combatientes argentinos¹ que intervino en el Conflicto del Atlántico Sur – la guerra entre Argentina y Gran Bretaña por las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur que duró 74 días del otoño de 1982². Se trata de los conscriptos que integraron el Apostadero Naval Malvinas, una unidad logística de la Armada que tuvo como función operar las instalaciones portuarias de las islas³.

Luego de atravesar la experiencia extrema de cotidianidad con la muerte, los civiles bajo bandera⁴ que integraron dicho destino y que en su mayoría no se conocían hasta la

¹ La identificación como “ex-combatientes” o “veteranos de guerra” forma parte de las luchas por la identidad de quienes participaron en el conflicto. La cuestión en debate es si esas categorías incluyen a civiles y/o militares. Principalmente en los ‘80, las agrupaciones que nucleaban a los ex-conscriptos se reivindicaban como ex-combatientes (y no veteranos, un término castrense) con la intención de diferenciarse del personal de cuadro de unas FF.AA. desprestigiadas (por su rol en la represión y en la guerra, ver Nota 3). Ahora bien, esa distinción ha sido realizada prioritariamente por las dirigencias de las asociaciones, no así por las bases, la opinión pública y el Estado quienes usan ambos términos como sinónimos. Con el objeto de no eludir esas luchas identitarias, en el presente trabajo haré referencia a los conscriptos que intervinieron en el conflicto como “ex-soldados combatientes”. Para las luchas por la memoria del conflicto, ver: Rosana GUBER: *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Antropofagia, 2004; Federico LORENZ: *Las Guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

² El conflicto bélico por las islas del Atlántico Sur – ocupadas ilegalmente por Gran Bretaña desde 1833 – fue llevado a cabo por la última dictadura militar argentina (1976-1983). Durante el régimen, las FF.AA. desplegaron una feroz represión ilegal, en la cual secuestraron, torturaron y asesinaron a miles de ciudadanos. Para 1982 la dictadura enfrentaba una grave crisis económica, social y política. En ese contexto, el desembarco en Malvinas el 2 de abril de 1982 – una causa nacional arraigada en gran parte de la sociedad – aparecía como la oportunidad perfecta para recuperar la legitimidad perdida. Finalmente, la derrota argentina el 14 de junio debido a la superioridad británica y a las tremendas improvisaciones que caracterizaron el accionar argentino (que obligaron a los soldados a combatir en condiciones de extrema precariedad), dio el golpe de gracia al régimen, que se retiró en diciembre de 1983. Ver: Federico LORENZ: *Malvinas. Una guerra argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

³ El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad naval creada en la guerra. La unidad estaba emplazada en el puerto de la capital y estuvo conformada por 200-250 efectivos aproximadamente. Entre sus miembros se encontraban conscriptos, suboficiales y oficiales de diversas especialidades y destinos, quienes en su mayoría no se conocían. Sus integrantes se dedicaron principalmente a estibar los buques y realizar guardias, aunque también se encargaron de otras tareas como el transporte de mercadería, el racionamiento logístico, el minado de la península, e incluso un grupo fue destinado al frente de batalla en la península Camber. Por ende, “la guerra” del Apostadero, una guerra logística, estuvo caracterizada por la movilidad y multiplicidad de tareas realizadas, por el acceso privilegiado a recursos escasos en la guerra, y por una relativa horizontalidad de las relaciones entre militares y conscriptos. Luego de la rendición, la unidad dejó de existir pero no así los lazos que se habían construido entre sus integrantes, quienes aún hoy continúan reuniéndose cada 20 de junio (día que regresaron al continente). Ver: Andrea Belén RODRIGUEZ: “La guerra lejos de las trincheras. Experiencias e identidades de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur”, en Federico LORENZ (comp.), *Guerras de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 2015.

⁴ Con los términos “soldados”, “civiles bajo bandera” y “conscriptos” hago referencia a los jóvenes de principalmente 19 y 20 años que hacían el servicio militar obligatorio. En 1982, constituían la mayoría de tropas en las islas.

guerra, construyeron lazos afectivos y cierta identificación a la vez que configuraron una memoria común del conflicto. Para ello, el lugar privilegiado fue un café en la Ciudad de Buenos Aires, donde en 1983 los ex-conscriptos se reencontraron tanto para hablar de la guerra como para continuar y resignificar los vínculos construidos en las islas – en un contexto de silencio social del conflicto y de los ex-combatientes – y fundaron las que luego se transformarían en las tradicionales “reuniones de camaradería del Apostadero”, que se realizan cada 20 de junio hasta el presente⁵.

Si bien a finales de los ‘80 y comienzos de los ‘90, los encuentros se ampliaron incorporando a militares de baja, retirados y en actividad (con quienes no sólo han construido vínculos sino también cierta narrativa colectiva de la guerra), los principales “emprendedores de la memoria”⁶ del grupo Apostadero han sido los ex-soldados, quienes además configuraron una “submemoria” dentro de la narrativa general del colectivo Apostadero en base a las experiencias de guerra y posguerra compartidas.

Tengamos presente que los ex-conscriptos han sido quienes crearon los espacios y vehículos en los que la memoria social del Apostadero ha circulado y se ha transmitido⁷. Por un lado, ellos fueron los fundadores de las reuniones y los que continúan organizándola hoy en día. Por otro lado, a partir de fines de los ‘90 y comienzos del 2000 – cuando la memoria de Malvinas vuelve a ganar espacio público –, ellos han sido los principales encargados de construir una serie de vectores de la memoria para fortalecer la cohesión interna del grupo y para difundir la memoria del Apostadero en diversos espacios de cara a lograr el reconocimiento de los “otros”: tanto la sociedad en general como principalmente la Armada, cuya memoria institucional acusan de incompleta porque silencia/omite su experiencia

⁵ Para la historia de las reuniones, consultar: Andrea Belén RODRIGUEZ: “Las construcciones identitarias del colectivo Apostadero Naval Malvinas en la posguerra. Un recorrido por el/los ‘nosotros’ (1983-...)”, *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, 5:8 (2013).

⁶ Con esa categoría Jelin alude a aquellos sujetos que intervienen en las luchas por la memoria en el espacio público, con el objeto de establecer una (su) versión del pasado para que sea compartida por todos (logrando así reconocimiento social y legitimidad política). Elizabeth JELIN: *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires/Madrid, Siglo XXI, 2002.

⁷ Con el término “memoria social” y/o “colectiva” hago referencia a aquella narrativa de la guerra/posguerra compartida por gran parte de los integrantes del grupo, anclada en las anécdotas que relatan sobre su cotidianeidad bélica. En tal sentido, lejos de considerar a la memoria colectiva como una “cosa en sí misma” independiente de los individuos, reificándola, la concibo como un entramado de recuerdos individuales que en algunos núcleos significativos construyen un sentido común del pasado compartido, en ocasiones gracias a la acción de los emprendedores de la memoria. Dada la operatividad para este trabajo, aquí utilizo indistintamente los términos memoria social y memoria colectiva, pero ello no implica desconocer los debates teóricos que se han dado alrededor de estas categorías. Para un acercamiento a los mismos, ver: Jeffrey OLICK y Joyce ROBBINS: “Social Memory Studies: From “Collective Memory” to the Historical Sociology of Mnemonic Practices”, *Annual Review of Sociology*, 24 (1998). Por otro lado, cuando indico que los ex-conscriptos conformaron una especie de “submemoria” basada en las experiencias compartidas, sólo pretendo señalar que se trata de una memoria social incluida al interior de la narrativa mayor del grupo Apostadero.

bélica⁸. De hecho, es a partir de la constitución de uno de esos vehículos –la página *web* “El Apostadero Naval Malvinas en Internet” creada por el ex-conscripto Daniel Gionco en 1999–, que la memoria del Apostadero ingresó a la esfera pública. Hasta ese momento, en un contexto de profundo desprestigio militar y de silencio del conflicto y los combatientes, la memoria del grupo aparecía como subterránea y sin ningún tipo de articulación/diálogo con otro actor social; únicamente se conservaba y transmitía, al tiempo que se resignificaba, en los encuentros anuales.

El artículo, pues, pretende explorar el contenido de la memoria social que comparten los ex-conscriptos del Apostadero, a partir del análisis de diversos registros en los que narran sus experiencias en primera persona. Específicamente, la identificación de determinadas anécdotas referentes a la cotidianeidad bélica que aparecen en forma recurrente en sus testimonios permite analizar las representaciones de sí mismos, de los “otros” y del “nosotros Apostadero” que han construido y que comparten colectivamente por lo menos en el presente.

En tal sentido, el trabajo busca contribuir a la historia sociocultural de la guerra de Malvinas, una mirada de incipiente conformación en Argentina. Enmarcándose en los estudios occidentales de las guerras mundiales, esta perspectiva historiográfica procura aportar al análisis de las experiencias, identidades, y memorias de los sujetos en guerra, buscando reconstruir cómo la guerra fue “vívida, imaginada y conceptualizada”⁹ por sus contemporáneos y las generaciones subsiguientes.

Los «ex-colimbas»¹⁰ recuerdan «su» guerra

El análisis de las memorias de los ex-conscriptos del Apostadero se basa en fuentes diversas: una entrevista radial¹¹, una nota escrita para la prensa pero no publicada¹², una obra biográfica¹³, 12 entrevistas académicas¹⁴, un *blog*¹⁵ y una charla en un colegio¹⁶, que

⁸ Andrea Belén RODRIGUEZ: “La memoria pública de la Armada Argentina sobre la guerra de Malvinas: de olvidos, silencios y jerarquizaciones de experiencias”, *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, 23 (2015).

⁹ Jay WINTER y Antoine PROST: *The Great War in History. Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p.6. Para esta perspectiva en Argentina, ver: Federico LORENZ y Andrea Belén RODRÍGUEZ: “La guerra de Malvinas: experiencias, historia y memoria”, *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, 7:13 (2015).

¹⁰ A quienes hacían el servicio militar obligatorio se los nombraba coloquialmente “colimbas” por las tres actividades principales que debían hacer: correr–limpiar–barrer.

¹¹ Entrevista a los ex-soldados Osvaldo Venturini, Juan Arias y Claudio Guida, radio *Okey* de Vicente López-Buenos Aires (programa “Malvinas... Es hora de volver a Casa”), 10/04/2010.

¹² La nota “Juego y destino” fue realizada por Oscar Luna para el trigésimo aniversario del conflicto (Archivo de la autora). Oscar nació en Vicente López en 1962. En la guerra, su tarea fue estibar los buques y combatir en Camber. En la posguerra, desde que se recibió de psicólogo, se ha dedicado a su profesión. Ha participado en las reuniones del Apostadero.

¹³ Roberto HERRSCHER: *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Tusquets, 2007. El autor integró el Apostadero y tripuló la pequeña goleta Penélope en 1982; actualmente vive en España, trabajando como periodista. En la obra, Herrscher da cuenta de su

difieren en sus características, espontaneidad y destinatarios, pero que comparten su objeto: son relatos en primera persona que están centrados en sus vivencias bélicas y de posguerra. Asimismo, todas ellas tienen en común su contexto de producción, ya que fueron realizadas recientemente (del 2007 al 2012), en el contexto en que Malvinas retomó un lugar en la esfera pública, que los combatientes comenzaron a ganar mayor espacio en los medios de comunicación, y paralelamente que los integrantes del Apostadero empezaron a reclamar el reconocimiento de su vivencia en los espacios públicos.

Más allá de su heterogeneidad, en la gran mayoría de estos relatos subyacen los mismos objetivos. Los “ex-colimbas” del Apostadero dan testimonio en distintos espacios con el fin de difundir, reivindicar, justificar y/o lograr el reconocimiento de la propia experiencia y/o la del grupo al que pertenecieron; hablar de la “verdad” de la guerra, desmitificando aquellas imágenes estereotipadas arraigadas en el sentido común; conservar y/o transmitir una (su) memoria del conflicto y los caídos en la guerra y posguerra a las generaciones más jóvenes; mantener vigente la causa de soberanía, y transmitir aquellos aprendizajes vitales que adquirieron luego de atravesar la situación límite.

Ahora bien, el artículo parte de una serie de preguntas clave para interrogar dichas memorias de los ex-soldados y su vinculación con la identidad que (re)producen. En tal sentido, se basa en la premisa propuesta por Pollak que los testimonios son instrumentos de reconstrucción de la identidad, ya que “al contar nuestra vida, en general intentamos establecer cierta coherencia por medio de lazos lógicos entre acontecimientos clave (que aparecen entonces de una forma cada vez más solidificada y estereotipada), y de una continuidad, resultante de una ordenación cronológica”¹⁷. Si tenemos presente que en la construcción de toda narrativa, el testigo busca transmitir una imagen de sí para sí y para los otros y definir su lugar social y sus relaciones con los demás, nos podemos preguntar: ¿Qué imágenes de sí mismos construyen los ex-conscriptos del Apostadero al dar testimonio de su experiencia? ¿Qué estrategias utilizan para ello? ¿Quiénes son los “otros” con los que dialo-

búsqueda de la historia de la goleta (que fue construida en Alemania en 1933 y fue protagonista de grandes aventuras en la Patagonia), que en realidad es una búsqueda de su propia historia.

¹⁴ Las entrevistas semiestructuradas fueron realizadas del 2007 al 2012 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y alrededores, en Punta Alta y Bahía Blanca (provincia de Buenos Aires). Presentaré a cada uno de los entrevistados la primera vez que sean mencionados.

¹⁵ El *blog* “Volviendo a Malvinas” (<http://volviendoamalvinas.blogspot.com>) fue creado por Fernando González Llanos en 2009, con el objetivo de difundir las diferentes vías que existen para viajar a las islas a partir de su experiencia. Pero, en realidad, el *blog* se terminó transformando en un regreso a su pasado bélico. A medida que comenta los lugares de las islas que visitó, Fernando narra sus vivencias ancladas en esos espacios/objetos. Fernando nació en Mar del Plata en 1963, fue voluntario en 1982 y su actividad principal fue plotear la trayectoria de las naves argentinas e inglesas. En la posguerra se recibió de arquitecto y abogado. Actualmente vive en CABA y trabaja en el Banco Central. Ha participado en las reuniones anuales.

¹⁶ Charla de Oscar Luna, Escuela Normal N°5 (Barracas-Buenos Aires), 27/06/2012. Grabación de la autora.

¹⁷ Michael POLLAK: *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*, La Plata, Al Margen, 2006, p.30.

gan/confrontan? Asimismo, en tanto las anécdotas son elementos condensadores de sentido, ¿cuáles son aquellas situaciones referidas a la cotidianeidad bélica que aparecen recurrentemente en los relatos y qué representaciones de los actores construyen y transmiten?

En principio, para analizar esas representaciones es necesario tener en cuenta dos pares de variables, que a su vez están interrelacionadas. Me refiero a los binomios decisión/imposición y protagonismo/“espectador”, cuya ambivalencia es posible rastrear en todos los testimonios. Atendiendo a la propuesta de Bourke¹⁸, considero que si bien en general los combatientes manifiestan una alta conciencia de su agencia en la guerra, la apelación a su grado de involucramiento en el conflicto, a su responsabilidad y a su capacidad de acción/decisión no es homogénea a lo largo de sus testimonios y está plagada de tensiones y contradicciones. Esa ambivalencia depende de diversas variables identitarias. En el caso del Apostadero, sus integrantes intentan resolver la tensión entre asumirse como combatientes con mayor o menor capacidad de acción/decisión, como protagonistas o mero “espectadores”, según la imagen de sí que han construido y pretenden transmitir, la representación de los “otros” con los que se vinculan, sus luchas y el contexto en el que se encuentran.

Con respecto al primer binomio, si hay una imagen de sí que la mayoría de los ex-conscriptos construye es la de combatientes que no intervinieron en los planes de la guerra ni eligieron atravesar esa experiencia, pero que así y todo entregaron todo de sí por la causa soberana y/o por sus compañeros e hicieron lo que pudieron dadas las condiciones precarias en las que lucharon. Esta representación que les reserva a los individuos cierta agencia y autonomía en la cotidianeidad en las islas en el marco de una “imposición mayor” que es el hecho en sí de estar en la guerra cumpliendo órdenes, aparece como la resolución ideal para reivindicar su experiencia bélica pero sin asumir responsabilidad por el conflicto en sí.¹⁹ Claro que ese no es el caso de aquellos pocos que fueron voluntarios a la guerra, quienes reivindican su decisión de involucrarse en el conflicto basándose en la relevancia de la causa de soberanía y/o en el respaldo popular, más allá de quiénes decidieron la guerra y por los motivos que lo hicieron.

En los relatos de los “ex-colimbas” esa reivindicación de la autonomía en la guerra, es decir de la capacidad de tomar decisiones en momentos concretos – aún siguiendo órdenes–, aparece anclada en anécdotas recurrentes que los tiene como protagonistas, compartidas por todo el grupo (aún algunos militares) en las reuniones anuales.

¹⁸ Joanna BOURKE: *An Intimate history of killing. Face to face killing in twentieth century warfare*, London, Granta Books, 2000, p.8.

¹⁹ Tengamos en cuenta que aún cuando la gran mayoría de los entrevistados considera que la causa primaria del conflicto fue la “recuperación” de las islas, no por eso carece de una perspectiva crítica de la guerra. Por el contrario, muchos de ellos cuestionan el conflicto por cuestiones ahistóricas como considerar que las guerras son inútiles y sólo conllevan pérdidas de vidas, y otros por factores situados, como destacar la necesidad de legitimación de la dictadura como el “disparador” de la guerra, o denunciar los errores en la planificación y conducción del conflicto y/o en el accionar de las FF.AA. Sin embargo, estos cuestionamientos no ensombrecen una perspectiva positiva de la propia experiencia, a la que la gran mayoría reivindica por haber estado dispuestos a sacrificar la vida por compañerismo, por un ideal, por una causa justa de soberanía, y en definitiva por “la Patria”.

Los ex-soldados resaltan su agencia en el conflicto, su disposición para cumplir con sus tareas, así como el esfuerzo, la resolución, la valentía y la autonomía, al punto extremo que en varios casos construyen un relato en el que su independencia de los superiores es total, y transmiten la imagen de una guerra en la que ellos deciden por encima de la autoridad, debido a su mejor formación y/o por aplicar el sentido común, o por la ausencia del superior ante el caos bélico. Esta percepción de la propia vivencia es tal que algunos llegan a afirmar «[yo] no tenía jefes»²⁰. Ello es evidente en una anécdota que se repite en varios relatos de ex-conscriptos que fueron convocados en el mismo momento, alrededor de 10 días después del desembarco en las islas. En ella, la ausencia de los superiores en el camino desde el destino militar al Edificio Libertad (donde operaba el Comando de la Armada) y la total independencia de los “colimbas” en su recorrido, es también una pauta que puede remitir a la imagen de que todos fueron voluntarios de alguna forma porque las posibilidades de deserción se les presentaron a cada momento:

«Julio: En el Edificio Libertad, todos juntos, dicen “bueno, tienen que ir a La Boca, a la parte de suministros, a buscar el equipo de zona fría”. Nos vamos, nos estaba esperando en el micro un amigo del Apostadero (de Buenos Aires), que manejaba un colimba. Todos al micro, solos, todos colimbas, solos. [...] Nos largamos a llorar, yo estaba totalmente bloqueado, no pensaba en nada, algunos discutían “no, que yo me voy, me cruzo a Uruguay” [...]. De ahí volvimos al Edificio Libertad, previo paso por casa, hacía calor, entonces [...] me traje dos Cocas. [...] Después en el Edificio Libertad nos pagan los viáticos entonces agarramos 4 o 5, mirá lo loco ¿eh? Ya sabíamos todo y salíamos libres, o sea, no es que yo para poder salir del Edificio, dejaba... no, salía y entraba.

Andrea: Te podías haber ido...

Julio: Sí, vos decís es raro, porque después... qué loco que te den tanta libertad en el Edificio, porque había seguridad [...]. Bueno, vamos a Retiro, y en unos de los barsuchos que había en Retiro, nos comimos un buen sándwich de milanesa [...] [Después] Volvimos al Edificio y ya nos quedamos ahí en el pasillo durmiendo todos, esperando a la mañana siguiente para ver qué pasaba»²¹.

Asimismo, al hablar de aquellos momentos más relajados, en los que «jugaban a la guerra», los ex-conscriptos ponen en primer plano su agencia al dar cuenta de los recursos a los que ellos –jóvenes de 19 y 20 años– apelaron para hacer frente a una situación difícil de sobrellevar. Distanciándose de la figura del héroe y desacralizándola así como ironizando sobre la guerra y su vivencia, el psicólogo Oscar Luna relata el surgimiento del batallón “Puloi” –haciendo referencia al producto de limpieza– conformado por algunos conscriptos del Apostadero que se encargaban del aseo del buque Bahía Buen Suceso:

²⁰ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

²¹ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007. Julio nació en CABA en 1955. En la guerra, se dedicó a estibar los buques, minar la bahía y combatir en Camber. Actualmente, vive en CABA y se dedica a gestión y asesoramiento. Es parte del grupo fundador de las reuniones.

«El batallón Puloi se conformó con aquellos jóvenes de vida irregular, desordenada, demasiado apegada a los excesos que fueron considerados un riesgo para la misión. Era evidente que no eran tipos fuertes ni preparados y como la gran mayoría allí no entendían de armas y menos de estrategias militares. Por eso se les encomendó una tarea claramente menor pero, por qué no, también Patriótica: mantener la limpieza de la embarcación. Cada mañana el batallón Puloi recorría balde en mano, a punta de escobillón, cada milímetro del buque. Ocupando los espacios que dejaban vacantes sus tantísimos superiores, haciendo uso integral de los camarotes, no sólo para descansar sino para conversar alegremente sobre las banalidades de la contienda. Allí, lejos de la crueldad de un mundo que no les era propio ejercían la libertad de seguir jugando, inventando las más increíbles conjeturas sobre lo que vendría... (...) Sumergidos y distantes, la travesía los volvió grupo... (...).

Entre el grupo nacieron mitos, que aún se recuerdan de tanto en tanto cuando los fantasmas se visten de gala, beben alcohol e intentan encontrar el paraíso perdido... Su nacimiento de fuego fue una tarde durante un ataque certero de la aviación Inglesa... En esa alerta roja la tripulación toda debía correr desde el barco encallado en la bahía hasta los pozos de refugios que habitaban la ciudad, entonces se dieron cuenta (...) que todos corrían con fusil, pero había cuatro que corrían con escobas, ésa era su arma, el arma con que defendían la tierra amada, la historia, la barriada... pero también su libertad, la irreverente dignidad, de esa bella e inocente mirada, que contiene el juego, cuando existió una infancia...»²².

La reivindicación de su capacidad de acción en la guerra es evidente en otra anécdota recurrente en los testimonios de aquellos que compartieron la posición cuando fueron trasladados al frente de batalla en la península Camber. Esta es una de esas situaciones comunes al relato de varios entrevistados, que, como indica Pollak, a fuerza de repetirla termina estereotipándose y solidificándose. Ello es evidente ya que uno de sus protagonistas, Claudio Guida, narró la misma prácticamente en los mismos términos tanto cuando dio testimonio para esta investigación en 2007 como en la entrevista radial en 2009.

«[Cuando cruzaron a Camber, los dos superiores que tenían en su posición se retiraron del frente] Cuando nos volvimos, nos quedamos solos, el más antiguo de esos 9, era yo. [...] Acá se cumplió la antigüedad, ¿quién queda a cargo? “Él”. Yo los miraba y les decía “¿yo a cargo?”.[...] Nosotros éramos una comunidad *hippie* que vivíamos sin mando, estaba todo bien “hagamos guardia un rato cada uno, che, loco, que está nevando”, pero cumplíamos con lo nuestro, aparte yo estaba al mando, me sentía muy responsable. [...] [Un cabo de Ejército que estaba con las antiaéreas al lado de su posición:] Nos pregunta: “¿Quién está a cargo?” “Conscripto clase 62, Claudio Guida de la Armada. Ordene cabo, ¿en qué lo puedo ayudar?”. [...] Dice: “Necesito gente para desenterrar la pieza, porque se me enterró anoche”. [...] Me doy vuelta y veo las 6, 7 caritas diciendo “¡No me vas a mandar a mí!”. Me acuerdo esta frase: “Imposible, cabo, tengo toda mi gente recuperando nuestras posiciones”. Ahí entré en el corazón

²² Nota de Oscar Luna, no publicada.

grande de la hinchada, ídolo máximo, “Imposible cabo” y el tipo caliente dijo “Está bien” y se va.»²³.

Esta anécdota tiene la particularidad de condensar varios sentidos clave de la vivencia bélica de los ex-conscriptos, así como representaciones de sí mismos y de los “otros”. Al tiempo que da cuenta de los lazos de solidaridad que construyeron los compañeros de posición, demuestra la relevancia que la misión o la causa Malvinas tenía para los soldados —o que tiene en el presente—, que los llevó a dar todo de sí. Es decir, no por la ausencia de jefes, ellos dejaron de cumplir con la defensa de la posición: «yo estaba al mando, me sentía muy responsable» afirma Claudio.

Sin embargo, la anécdota clave en el grupo que da cuenta de la intencionalidad de reivindicar la propia agencia mediante el relato de las fuertes tensiones que atravesaron al Apostadero es la del “bombero loco”, en tanto es aquella que aparece más recurrentemente en los relatos de los ex-conscriptos —aún de aquellos que no presenciaron la misma. Veamos el relato de Osvaldo Corletto, su protagonista:

«Con nuestros superiores, hubo un problema con dos o tres tenientes, que [...] llegaron después, y venían como que “y vamos a hacer calabozo de campaña”, y “¿adónde estás?!”. Un día “que te vamos a hacer calabozo de cam...” “pará, acá estamos todos en la misma”, no es así. No te digo que los desafiamos ni nada, pero le hicimos entender que “pará”. [...] Nosotros medio que en algún momento nos plantamos. Y ahora viene la del bombero loco: ahí fue cuando se saltó la cadena. Entonces vienen de noche y me querían despertar para manejar el camión, no se adonde tenían que ir con el camión, entonces me vienen a despertar, y nosotros dormíamos en la oficina acostados, con el corraje, y el casco. Entonces, me pegan en la bolsa, yo me hago el dormido, entonces me sacuden de la bolsa, y lo mandan a un soldado [...]: “tráiganme un vaso de agua, un jarro de agua que a este lo voy a despertar”. Yo digo “andá a buscar un vaso de agua, no me vas a despertar ni con el bombero loco” le dije. Bueno, vino el chabón me cazó así de la bolsa, arrastra la bolsa, cuando arrastra la bolsa, me giro, viste, cuando me giro, cazo un fusil y se lo cargo, no sabés ¡no sabés lo que fue! Pregúntaselo a cualquiera. Los pibes de enfrente estaban todos durmiendo, [...] volaron todos. El chabón que iba para atrás, y que “pará, pará, pará” “y acá no me cabe una, vos te venís conmigo y nos vamos juntos, y que me la pongan a mí y te la pongan a vos también”. Bueno, después me agarraron un montón de zumbos [suboficiales en vocabulario coloquial], me hablaron, me trataron de calmar. [...] Pero los tipos ya cambiaron totalmente el tema. [...] Ellos se olvidaron del calabozo de campaña, ya se dieron cuenta que estábamos de igual a igual»²⁴.

²³ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007. Claudio nació en Vicente López en 1962. En la guerra, su principal tarea fue estibar los buques y combatir en Camber. Cuando regresó del conflicto, ingresó a una compañía estatal, lugar donde trabaja en el presente. Es parte del grupo “histórico” de las reuniones.

²⁴ Entrevista a Osvaldo Corletto, CABA, 22/06/2010. Osvaldo nació en CABA en 1962. En la guerra, se desempeñó como panadero y combatió en Camber. Actualmente, se dedica al transporte. Es miembro del grupo fundador de las reuniones.

Varios son los elementos a destacar en esta anécdota. En primer lugar, la situación concreta que enfrentó a un conscripto con un militar –cuyos protagonistas hoy en día comparten los encuentros anuales– por un despropósito o maltrato, desde la perspectiva de Corletto. En segundo lugar, la ausencia de castigo por parte de los superiores frente a una clara falta de disciplina de un subordinado. Ambos elementos contribuyen a construir una imagen del grupo en el que las fricciones entre los conscriptos y los militares eran moneda corriente, de los “colimbas” como valerosos y audaces, pero, a la vez, de los militares como indulgentes frente a las faltas de sus subordinados.

La anécdota aporta, pues, a la configuración de una imagen del conscripto como obediente –de hecho, Osvaldo aclara «no los desafiamos»–, pero no una marioneta de sus superiores, como una persona dispuesta y resuelta a cumplir con su función ya sea por la causa de soberanía – que por lo menos hoy consideran relevante – o por sus compañeros, pero no a dejarse abusar por ella; en fin, de alguien autónomo que piensa y actúa por sí mismo. Esta anécdota es sólo un ejemplo de una variedad de relatos en los que los “ex-colimbas” transmiten esta representación de sí mismos.

En definitiva, lo que buscan los ex-conscriptos del Apostadero es diferenciarse de aquella otra imagen que los ha identificado desde la inmediata posguerra con el “chico de la guerra”, sometido a circunstancias que lo superaban y que debió luchar contra sus superiores más que contra los ingleses²⁵. Esa imagen emblemática de extraordinaria vigencia, construida principalmente en base a las denuncias de soldados de Ejército sobre las terribles condiciones que tuvieron que enfrentar durante la guerra, es denostada por estos ex-conscriptos, y, en realidad, por la “comunidad de combatientes” en general. Con el objeto de oponerse al lugar de pasividad en que los sitúa, y, en definitiva, a la condición de víctima en que los encuadra e inmoviliza, los “ex-colimbas” del Apostadero reivindican su experiencia, su autonomía en ella y su decisión de “mantener a raya” a quienes pretendían maltratarlos o abusarlos, a diferencia de “otros”, desde su perspectiva los conscriptos de Ejército, a quienes nombran como los “pobrecitos”, “pibes”, “mutantes” o “zombis”, por las condiciones en que estaban, completamente arrasados por la guerra. Asimismo, el humor que atraviesa estas anécdotas es otra de las estrategias a las que apelan para correrse de esa condición de víctima y construir, así, un relato ordenado y controlado de una experiencia que, por lo menos en parte, estuvo más allá de su control.

²⁵ En la inmediata posguerra, en un contexto en el que las denuncias de las violaciones a los DD.HH. cometidas por las FF.AA. eran omnipresentes en la prensa, se propagó esta imagen que destacaba la minoridad de los soldados, a quienes se percibía como actores pasivos sin ninguna preparación para la guerra, en donde únicamente habían sufrido condiciones inhumanas y abusos de autoridad por parte de sus superiores (los mismos militares que habían asesinado a miles de ciudadanos en los ‘70). La imagen de “chicos de la guerra” buscaba eximir a los soldados de la responsabilidad del conflicto (muy desprestigiado en la posguerra) y a la vez encarnaba la oposición civil-militar que atravesó a la sociedad argentina en esos tiempos. Dicha figura se difundió en la prensa ni bien finalizó el conflicto, y tuvo su cristalización con la publicación del libro *Los chicos de la guerra* de Daniel Kon que fue un inmediato éxito editorial (Buenos Aires, Galerna, 1982) y con la proyección de la película homónima dirigida por Bebe Kamin (1984).

En ocasiones, la necesidad de luchar contra el lugar que les asigna la sociedad, los conduce a relativizar algunas de las situaciones que más se denunciaron en la posguerra. Por ejemplo, así relata Claudio Guida el regreso de la guerra y el reencuentro con sus vecinos, conocidos y amigos:

«Así fue como una semana en casa recibiendo visitas, no podía salir de casa, venía todo el mundo a preguntarme pelotudeces: “¿Cuántos mataste?” [...] “Sí, fue dura la guerra”, “¿Y pasaste hambre?” “Y, sí, no fui de vacaciones” “¿Y frío?” “Y sí, en el sur hace frío”. O sea no contestaba pelotudeces».²⁶

Esta intencionalidad de desmitificar algunos aspectos del conflicto para correrse de la situación de víctima, a veces los lleva a construir una imagen idealizada de la guerra, en la que el conflicto parece un paraíso y en donde casi no vivieron dificultades. Incluso, en algunos casos, en el balance de su experiencia no encuentran más que aspectos positivos para señalar por los aprendizajes vitales que lograron, como valorar a los seres queridos, compartir sin esperar nada a cambio, dejar de lado los aspectos materiales, entre otros.

Asimismo, el enfrentamiento con esa imagen construida por la sociedad en buena medida en base a los testimonios de soldados de Ejército, en ocasiones los lleva a cuestionar las experiencias de los conscriptos de esa fuerza. Sólo por momentos, algunos “ex-colimbas” del Apostadero no logran ponerse en el lugar del “otro” y reconocer lo privilegiado de la propia vivencia²⁷ y el sufrimiento de otros que estuvieron en condiciones bien distintas. Esta intencionalidad es la que subyace en algunos de los cuestionamientos a los juicios por violaciones a los DD.HH. que están llevando a cabo algunos centros de ex-combatientes que nuclean principalmente ex-soldados de Ejército desde el 2007 (hoy paralizados por un fallo de la Corte Suprema)²⁸. Veamos el siguiente diálogo entre los compañeros y amigos Claudio y Eduardo:

«Claudio: Bueno, el Ejército de la lástima, puteame, es más estaqueame y voy a ver si me defiende o porque no me correspondía o por inhumano, pero no me tomes de pobrecito, de te hago una causa porque me estaqueaste [...].

Eduardo: Es que la gente de Ejército se maneja distinto, yo lo vi, cuando estaban bailando²⁹ a la gente en el aeropuerto [cuando estaban prisioneros luego de la rendición], allá Ejército bailó a la gente. Los cabos que estaban conmigo decían: “yo voy y los cago a trompadas a esos mogólicos” [...]

²⁶ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007.

²⁷ Recordemos que el Apostadero fue un lugar relativamente privilegiado por el acceso a ciertas facilidades y recursos materiales (como dormir bajo techo, bañarse por lo menos una vez, y disponer de suficiente comida) y simbólicos (como la posibilidad de comunicarse con sus seres queridos y de tener acceso a múltiples canales de información), que no fueron comunes en el frente de batalla.

²⁸ El grueso de las causas están basadas en testimonios de ex-soldados de Ejército (que eran la gran mayoría de tropas en las islas). Pero también hay denuncias vinculadas a la Armada y Fuerza Aérea. Sobre los juicios, ver: Natasha NIEBIESKIKWIAT: *Lágrimas de hielo. Torturas y violaciones a los derechos humanos en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Norma, 2012.

²⁹ En el vocabulario coloquial del servicio militar obligatorio, el término “bailar” significaba desde realizar ejercitaciones muy duras hasta abusos físicos como aplaudir con cardos entre las manos, realizar sentadillas en agua helada, entre otras.

Claudio: Pero ves yo no hubiese bailado si era prisionero, “vengo de la guerra, me cagaron a tiros, cagué a tiros, ¡y voy a bailar para vos!?” No, yo no bailo. Yo no bailo, no bailé y nunca se me ocurrió bailar. Yo te conté que de la mitad de la guerra para adelante: [...] “no me hinchas las pelotas, estamos iguales, te sigo a vos, vamos adelante, pero no te hagas el loco porque en el reboleo...”³⁰.

El distanciamiento de los conscriptos de Ejército también se ancla en las condiciones de posguerra, más precisamente en aquella imagen prioritaria que se construyó sobre los ex-soldados combatientes luego del conflicto. Así, la condición de “pobre chico de la guerra” no sólo remite al conflicto, sino también a la situación en que se encontraban cuando regresaron: aislados/excluidos de la sociedad, o en una condición marginal, sin recursos – “pobres” económicamente –, y en algunos casos con alteraciones psicológicas (debido a la falta de políticas para reinsertar a los combatientes por años). Los “ex-colimbas” del Apostadero también se distancian de esa imagen que atribuyen a los soldados de Ejército, que a veces vivieron y viven en una evocación constante, sin lograr elaborar “su” guerra. Ellos, por el contrario, acentúan la agencia también en “su” posguerra. Tal vez, su militancia en agrupaciones de ex-combatientes por más de 30 años y el hartazgo de discutir esos prejuicios, explica la insistencia de Claudio al respecto:

«Ahí nace el grupo comando nuestro, o sea nosotros nos miramos y “fuimos comandos nosotros”, porque pasamos las mismas necesidades, las mismas desgracias, las mismas... ¡y mirá estos tipos como están! Están destruidos. Y es más, elaboraron un plan de “yo vivo de esto”, “yo vivo de la lástima” [...]. Yo siempre digo lo mismo [...]: hubo 10 mil soldados, hay 10 mil guerras distintas, cada uno la vivió como pudo. Pero vos no podés vivir 30 años [...] dando lástima».

Sin embargo, posteriormente, Claudio y Eduardo logran ponerse en el lugar del “otro” y reconocer lo privilegiado del propio regreso, tal vez por su misma condición socioeconómica³¹:

«Claudio: A estos pibes tan humildes, ser inculto, les cayeron 3, 4, 5 pibes de un matrimonio en el medio de un rancho, en el medio de un campo y vos decís “si este tipo se pega un cuetazo y nadie da señales de nada, y estos 5 críos quedan en la nada” “y sí, se murió un veterano de guerra”. Algo los tenés que ayudar. Por eso nosotros somos bichos raros.

Eduardo: Claro, porque imaginate que estamos cumpliendo 27 años en la empresa, y tenemos la que cobramos por un lado y la que cobramos por el otro. Otros no tuvieron la suerte de conseguir trabajo».

A veces, esta reconstrucción identitaria de sí mismos implica, incluso, un reconocimiento de la Armada frente al Ejército como una fuerza que tuvo un mejor desempeño en

³⁰ Entrevista a Claudio Guida y Eduardo Iáñez, CABA, 20/04/2010. Eduardo nació en Buenos Aires en 1962. En la guerra fue destinado a la estación de radio. Cuando regresó del conflicto, ingresó a una compañía estatal, lugar donde trabaja hasta el presente. Es miembro del grupo “histórico” de las reuniones. Las próximas citas refieren al mismo testimonio hasta que se indique lo contrario.

³¹ La gran mayoría de los ex-conscriptos del Apostadero pertenecía a la clase media, lo que en ocasiones les facilitó su reinsertación en la posguerra.

el frente de batalla – y para ello recurren a la excepcional actuación del Batallón de Infantería de Marina N°5, dejando en un segundo plano la pésima actuación de la flota de mar – y principalmente por construir relaciones jerárquicas diferentes al Ejército, por lo menos en la rigidez, disciplina y severidad. Al respecto, Eduardo Iáñez indica:

«En Marina, yo creo que a mí nunca me han tratado mal. [...] Comparado con la gente del Ejército me siento hasta como orgulloso de haber pertenecido a la fuerza porque nunca tuve un maltrato. De mi parte, en la radio, nunca me han tratado mal, me sentí un tipo cuidado».

En tal sentido, considero que una de las cuestiones clave en la construcción de la memoria de los ex-conscriptos del Apostadero es el recuerdo de los conflictos intragrupal. Los “ex-colimbas” no sólo tienen una mirada crítica de la contienda sino también de la propia experiencia bélica. En su gran mayoría, ellos sí hablan de las fricciones y tensiones que atravesaron a la dotación en Malvinas y que atraviesan al grupo en la posguerra, entre actores que hoy en día participan en los encuentros anuales. Si bien comparten las reuniones y cierta identificación grupal, los miembros del Apostadero no silencian los conflictos que atravesaron al colectivo en aras de un fortalecimiento de los lazos sociales o por temor a sentirse parias en el mismo, y ello se debe a que, en algunos casos, dar cuenta de esas fricciones cumple una función en la autorrepresentación que buscan transmitir y en la acentuación de esa autonomía que indiqué previamente³².

No obstante, en la mayoría de los casos, los conflictos que mencionan son puntuales entre dos personas, y no necesariamente remiten a la imagen de un enfrentamiento general entre civiles y militares o entre el personal de diferente rango. Aún cuando esa sea la imagen que se percibe en la anécdota narrada por Corletto, lo cierto es que en general los ex-conscriptos suelen presentar esas fricciones como excepciones en un contexto más amplio de cordialidad, relativa horizontalidad en el grupo, cierto cuidado de los subordinados por los superiores y/o, en fin, por lo menos no de un maltrato generalizado, a diferencia del Ejército. Al respecto, el testimonio de Claudio sobre su experiencia cuando estaba prisionero en el aeropuerto, es bien sugerente:

«Se va Juanjo y Osvaldo y le dicen a N. [...] y a S. [dos oficiales del Apostadero]: “Hay uno de los mellizos que no se puede mover” “¿Adónde está?” “Está ahí en las posiciones que tenemos, está doblado” “Que venga para acá” “No se puede mover”. Ves, yo no es que sea pro-castrense, pero estos dos tipos N. y S., que no eran amigos míos, que no eran gente del palo, ni yo tenía confianza, ni les di un carajo a ellos, yo no puedo putearlos como putean un montón de colimbas que los milicos los dejaron solos... A mí estos dos tipos me vinieron a buscar, me dijeron “¿Mellizo, qué te pasa? ¿Guida, qué te pasa?” me levantaron, me cambiaron por una manta seca, me envolvieron, y me llevaron así, arrastrando hasta el medio de la pista, para que venga un helicóptero y que

³² Sólo un ex-conscripto decide no relatar estos conflictos en la grabación y contarlos *off the record*.

me lleven. Entonces yo no puedo putear, a mí no me estaquearon, yo no era amigo, pero yo no pasé por esas cosas»³³.

Asimismo, muchas veces ellos terminan justificando a quienes dieron esas órdenes que en su momento consideraron injustas, incomprensibles o abusivas, y que fueron motivo de enfrentamientos. Por ende, del mismo modo en que suelen no silenciar los conflictos en aras de un fortalecimiento grupal, a veces los justifican o minimizan desde la distancia. Esto se reitera sobre todo entre aquellos que asisten a las reuniones. Por ejemplo, al hablar sobre los conflictos en el interior del Apostadero en la guerra y posguerra, el “Tano” Gulla reflexiona:

«Tano: También tenés que estar en el lugar de ellos, las órdenes que tenían, cómo la pasaban, que tenían que cubrirnos a todos nosotros, que no debe ser fácil. [...]

Andrea: Claro es como que los conflictos de la guerra se fueron...

Tano: Ya está, se disolvieron, porque hay que ver en su momento, como te digo, cómo estaban, ellos tenían su familia, sus cosas, estar ahí, encima tener todos los pibes estos que proteger, que no debe ser nada fácil»³⁴

La construcción de una imagen distinta de la superioridad de Malvinas que está arraigada en el sentido común así como cierta idealización de la cotidianeidad en el Apostadero, aparece también claramente en el diálogo que intercambian los “ex-colimbas” Osvaldo, Juan y Claudio con el militar retirado Ricardo Rodríguez (cabo principal durante el conflicto) en el programa radial. Allí, los ex-conscriptos recuerdan la anécdota de las primeras guardias en Malvinas:

«Ricardo: Decirles a ellos y a través de ellos, primero un gran saludo, después estar orgulloso de ese personal que tuve a mi cargo en esos momentos, gran parte a mi cargo, como eran todos, digamos así, todos los conscriptos, excelentes muchachos, valientes muchachos, y orgullo de haberlos tenido a cargo [...]

Claudio: Ricardo, creo que los agradecidos somos nosotros de haberte tenido. Me acuerdo de las primeras guardias, me acuerdo de los primeros movimientos, éramos todos los patitos que caminábamos atrás tuyo tratando de cumplir acérrimamente lo que vos nos decías y lo que vos nos dabas como pautas para que nos cuidemos, para protegernos, me acuerdo que eras el cabo de cuarto más famoso del Apostadero, te seguían todos a muerte. Y la verdad rescato por sobremanera tu persona, tu calidad humana, que sin tener experiencia como nosotros, la forma que nos hayas cuidado en ese momento [...]

Ricardo: Yo te agradezco mucho [...]. A pesar de que ustedes han sido muy jovencitos, pero siempre bien dispuestos a cumplir. Yo creo que ahí, en el caso nuestro, por ejemplo el Apostadero Naval Malvinas, no hubo ese tipo de jerarquías, división, éramos todos iguales, por eso yo también respeté eso... [...]

³³ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007.

³⁴ Entrevista a Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/2012. Antonio nació en San Isidro (Buenos Aires) en 1962. En la guerra se dedicó a estibar los buques, minar la bahía y defender el faro. Desde antes del conflicto, trabaja en una industria. Es parte del grupo “histórico” de las reuniones.

Locutora: Pero parece que no fueron tan malos los jefes como se dice después con esta desmalvinización.

Claudio: [...] Bueno, él no era una autoridad superior, pero sí era el que estaba en contacto con nosotros, la relación soldado-suboficialidad- oficialidad fue particular en cada caso. Yo hoy te comentaba fuera del programa, las 10 mil guerras de Malvinas, porque cada uno vivió su propia guerra a un modo especial y particular y su relación la consolidó con la gente que lo rodeaba, en mayor o menor medida hubo problemas pero no todo fue malo»³⁵.

Otro de los puntos en común en el sentido que le otorgan a su vivencia bélica los integrantes del Apostadero, es la ambivalencia entre las dos acepciones del término “testigo”: entre considerarse a sí mismo protagonista por haber vivido un acontecimiento, o percibirse como un tercero que “no fue protagonista pero puede contarle porque vio”³⁶, en otras palabras, un “espectador”.

Esta tensión se vincula a las jerarquías basadas en las experiencias bélicas que atraviesan a la “comunidad de combatientes” en la posguerra y que los integrantes del Apostadero también adoptan, en las que a mayor cercanía con los enfrentamientos/frente de batalla, mayor tiempo en las islas o riesgos y penurias que corrieron, se corresponde una mayor legitimidad para alzarse con la palabra de la guerra. En esta construcción de escalafones, los integrantes del Apostadero se perciben más o menos protagonistas según los “otros” de referencia³⁷. Es por ello que varios ex-conscriptos repiten constantemente que su participación en la guerra no fue determinante ni cambió el devenir de ésta. Por ejemplo, Fernando González Llanos realiza una aclaración sugerente en su *blog*, al referir a una actividad conmemorativa del conflicto en la que no pudo participar: “Al igual que en la guerra, se ve que estoy destinado a ser un testigo privilegiado de las grandes proezas que logran mis amigos”.

Así como, en algunos casos, lo prioritario es el cuestionamiento a los soldados de Ejército porque sus denuncias dieron sustento a la imagen de “pobrecito”; en otros, los miembros del Apostadero los consideran los “verdaderos” protagonistas de la guerra, aquellos que tienen mayor legitimidad como veteranos. Su primer lugar en los escalafones no sólo está dado por haber estado en el frente de batalla durante más de dos meses, por las terribles condiciones en que combatieron, sino también por el enfrentamiento cara a cara con la muerte: ellos son los que mataron y/o vieron morir a compañeros en el fragor de la

³⁵ Entrevista a Arias, Guida y Venturini, op. cit. En el presente, el término “desmalvinización” es sinónimo de los intentos de olvido del conflicto, los combatientes y/o el reclamo de soberanía de las islas, o cualquier cuestionamiento a los mismos.

³⁶ Giorgio AGAMBEN: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pretextos, 2002, p.15.

³⁷ Sobre la construcción de jerarquías en la “comunidad de combatientes”, ver: Rosana GUBER: “Los Veteranos truchos de Malvinas: la autenticidad como competencia metacomunicativa en las identidades del trabajo de campo”, *Universitas Humanística*, 63 (2007). Para el caso Apostadero, ver: Andrea Belén RODRIGUEZ: “De veteranos “verdaderos” y “truchos”. Análisis de las definiciones de “ex-combatiente/veterano de guerra” de los miembros del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, 10 (2010).

batalla. Ellos son, por ende, los que cargan con el peso de gran parte de los caídos. Por el contrario, la mayoría de los miembros del Apostadero no combatió, con lo cual no vivió la experiencia de matar y/o morir de forma tan palpable.

Sin embargo, esta advertencia de haber sido un “testigo-espectador” entra en tensión en varios relatos con la necesidad de mostrar su protagonismo en la guerra, más allá de la aparente irrelevancia de la tarea. Eso se ve claramente en el testimonio de Ricardo Pérez cuando cuenta cuál fue su participación en un acontecimiento clave en la guerra: el vuelo del aviador naval Crippa que confirmó el desembarco de tropas inglesas en Puerto San Carlos y sus proximidades en la costa occidental de la Isla Soledad:

El ñato que llevó al oficial de la Armada que le fue a trasladar la orden del almirante Otero [máxima autoridad naval en Malvinas] a Crippa [para que vuele a San Carlos], el boludo que manejaba era yo, ¿entendés? O sea, yo tuve ese tipo de protagonismo, en realidad nada, pero estuve en la historia, yo lo único que hice fue manejar, podría haber sido Pérez Montoto, pero yo estuve ahí.³⁸

Reflexiones finales

A lo largo de la posguerra, los ex-conscriptos han sido los principales emprendedores de la memoria del grupo Apostadero, en tanto fueron ellos los que crearon los espacios y vectores a través de los cuales circuló la narrativa común de la guerra –aquella compartida por civiles y militares hoy en día–. Por ende, la construcción y formalización de la memoria del Apostadero se ha producido “desde abajo”, debido a la acción de aquellos que ocuparon el último escalafón en la guerra. Tal vez, la ausencia del jefe de la unidad Adolfo Gaffoglio en ese ámbito, explica que los civiles tomaran esa iniciativa, subvirtiendo las jerarquías propias de las corporaciones militares³⁹.

De hecho, esa preeminencia de los “ex-colimbas” en la construcción de la narrativa común del colectivo Apostadero también parece verificarse en su contenido –no sólo en los medios y espacios por los que se transmite–, ya que la memoria social del grupo que sobresale parece referir a un núcleo duro de anécdotas que son narradas y protagonizadas por los ex-soldados. Así como es posible identificar elementos comunes en la memoria de todo el grupo Apostadero (cuestión que no fue objeto de este artículo), existen determinados puntos de referencia recurrentes en los testimonios de los ex-conscriptos que lucharon en esa unidad, que parecen conformar un relato particular dentro de la memoria social general y cuyo origen parece remontarse a la inmediata posguerra, cuando los encuentros eran sólo de

³⁸ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007. Ricardo nació en Salta en 1962. Fue a la guerra como voluntario y se desempeñó como asistente del segundo jefe del Apostadero. En la posguerra, desde que se recibió de analista de sistemas, se ha dedicado a su profesión. Es el fundador de las reuniones junto a su amigo Marcelo Padula.

³⁹ Gaffoglio tuvo cierta incidencia en la primera reunión del Apostadero que fue convocada por la Armada en 1983, como parte de una política oficial de reconocimiento a quienes habían combatido. Luego de este puntapié inicial, fueron los ex-conscriptos los organizadores de los encuentros hasta el presente. Andrea Belén RODRIGUEZ, “Las construcciones identitarias...”

civiles y la memoria circulaba en forma subterránea, en un contexto de fuerte desprestigio militar y de silencio del conflicto y los combatientes. En tal sentido, Gabriel Asenjo afirma:

«[En] las primeras reuniones todo pasaba más por lo personal y por las anécdotas, que... ¿Qué es lo más lindo, de qué te vas a acordar del miedo que tenías o del bombero loco de Corletto? Te acordás del bombero loco de Corletto. ¿O de lo lindo que fue llegar a casa o de lo feo que fue irte? Entonces uno habla de lo lindo que fue llegar a casa»⁴⁰.

Uno de los primeros elementos que sobresale de esa memoria de los “ex-colimbas” – y de las anécdotas que la constituyen – es la forma en que recuerdan la guerra colectivamente en las reuniones anuales del Apostadero, relato que no siempre coincide punto por punto cuando son convocados en solitario a hablar del conflicto. Como reflexionan Eduardo y Claudio, el grupo de ex-conscriptos fundadores de las reuniones siempre trató de evitar tomar “el sentido trágico” de la guerra, apelando al humor como recurso para enfrentar un recuerdo difícil, elaborar su vivencia bélica y poder seguir con sus vidas:

«De las Malvinas nosotros siempre tenemos un tono muy grato, siempre intentamos recordarlo no las partes más lindas, pero las cosas más graciosas, te han contado lo del bombero loco seguro, y todo ese tipo de cosas»⁴¹.

En esas anécdotas ellos transmiten la existencia de pequeños grupos en los que jóvenes de similar edad que estaban en la misma condición por ser civiles bajo bandera compartían elementos simbólicos y materiales. Esta especie de “submemoria”, pues, se constituye en base a las vivencias compartidas en la guerra y posguerra, que a su vez alimentan la identificación entre los ex-conscriptos y el fortalecimiento de sus lazos sociales.

Sin embargo, en las representaciones que construyen, en las imágenes de los “otros” y “nosotros” que transmiten, esa “submemoria” de los ex-conscriptos no se diferencia de la narrativa general de todo el grupo Apostadero (de la que forma parte y a la que constituye), sino que su especificidad está en el contenido, es decir en las anécdotas recurrentes y cristalizadas que narran. Así, los ex-soldados – al igual que los militares – construyen una imagen de sí mismos como soldados que tuvieron agencia en “sus” guerras, que tomaron decisiones aún en las circunstancias más extremas. En tal sentido, narran los conflictos y tensiones que atravesaron al Apostadero para reivindicar su autonomía, voluntad y valor, distanciándose, así, de la imagen del “chico de la guerra”, el soldado abusado por sus jefes y arrasado por la guerra.

Pero a la vez buscan construir una imagen de la cotidianidad del Apostadero como de cierta horizontalidad, de cierto cuidado de los subordinados por sus superiores, a diferencia de la imagen preponderante del conflicto de los ‘80 que lo reduce a una guerra nacional entre los conscriptos/civiles y sus superiores/militares. La tensión manifiesta en sus testimo-

⁴⁰ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010. Gabriel nació en Hurlingham (Buenos Aires) en 1961. En la guerra, se desempeñó como mozo en un buque y combatió en Camber. Actualmente, vive en CABA y se dedica a arreglar locomotoras a vapor. Es parte del grupo “histórico” de las reuniones.

⁴¹ Entrevista a Claudio Guida y Eduardo Iáñez, CABA, 20/04/2010.

nios entre la necesidad de reivindicar su agencia en el conflicto, para correrse de la condición de víctima en que esa imagen los inmoviliza; y a la vez demostrar una relación más cercana con sus superiores – o, por lo menos, no de maltrato constante –, los lleva a hablar profusamente de los conflictos pero, a la vez, justificándolos y/o minimizándolos.

Finalmente, es relevante tener en cuenta que la reivindicación de la agencia en el conflicto en ocasiones no implica su encuadramiento en la figura del “héroe” (que podríamos pensar es la contrafigura de “víctima”). Ya que al narrar aquellos momentos en los que “jugaban a la guerra”, o en los que sintieron temor y pánico, desesperación y alivio, o al minimizar la propia participación en el conflicto por no haber combatido en el frente de batalla, se distancian de esa imagen e, incluso, la desacralizan.